

HOMILÍA DEL XXVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO Y
CONMEMORACION DE LOS 400 AÑOS DE LA COFRADÍA DE JESUS NAZARENO DE CÁDIZ.

Re 5, 14-17; Sal 97, 1. 2-3ab. 3cd-4; 2 Tim 2, 8-13; Lc 17, 11-19

Hoy es un día de una alegría desbordante para todo Cádiz, para toda la ciudad y muy especialmente para todos vosotros que estáis aquí, a quienes he dado mi cordial bienvenida al inicio de nuestra celebración, y ahora en este momento de especial gratitud. Saludo, pues, a todas las autoridades civiles y militares, mis hermanos queridos sacerdotes, al Ilustrísimo Deán de la Catedral, y a los distintos Hermanos de las diversas Cofradías, sobre todo la vuestra, la de Jesús el Nazareno, que ha recibido esta distinción en la que la ciudad reconoce que quiere a Jesús, y le quiere desde hace más de 400 años, y por eso le reconoce como Regidor de la ciudad. Es una verdad incontestable que ha acudido en nuestra ayuda en tantos momentos que conservamos en el recuerdo de la historia, y que deberíamos rememorar en nuestro interior, porque quizás nosotros hoy no sabemos de esas pestes que sufrieron las gentes del pasado y cómo el Señor les libro en una intercesión viva que se hizo más patente en su devoción. Ahora bien, nosotros no solo recordamos lo que ocurrió en el pasado, sino nuestras necesidades presentes por las cuales seguimos invocándole, buscándole, amándole y pidiéndole ayuda, sabiendo que Él es el Señor, que Él es el poderoso Señor, porque es Dios. Todo lo que honremos al Señor, todo lo que le amemos, cuanto podamos expresar de cariño y de devoción es poco, porque es Dios; aunque al mismo tiempo es mucho, porque muestra una fe viva y actual, tan necesaria para vivir.

Providencialmente el Señor nos habla siempre con una Palabra, siempre actual, que resuena en cada corazón y circunstancia, de cada uno de los que estamos aquí. La Palabra de Dios que hemos escuchado hoy nos muestra de hecho varios ejemplos de gratitud. Curiosamente estamos celebrando ahora la Eucaristía, del griego “dar gracias”. La Eucaristía es una acción de gracias donde Jesús dio gracias al Padre, en un momento de alabanza y acción de gracias, en la que puso su vida al servicio de la salvación de los hombres. Por su redención, por su acción de gracias, nos vienen todos los bienes de la salvación. Por eso Cristo es el Señor.

Escuchábamos nada más comenzar la Misa ese precioso Kyrie Eleyson. A mí me emociona siempre porque comprendo además que, rezado en griego, recuerda las mismas palabras que Jesús pudo escuchar. “Señor apiádate de nosotros”, que tu amor y tu misericordia estén siempre con nosotros. Es muy bonito invocar su perdón (“eleyson”), pero la fuerza la tiene el Kyrie. No era un señor cualquiera que pasaba por allí. El “Kyrios” era el Emperador, el Rey que con todo esplendor, majestad, y poder se acercaba a su pueblo. Cristo es, pues, el Señor, el Dios de la vida. Por eso cuando lo invocamos en Misa todos los días, o en nuestra casa cuando oramos, o, como lo hacemos hoy de una forma solemne venerando una vez más la preciosa imagen de Cristo, nos tiene que llegar al fondo de nuestro corazón, porque, sin ninguna duda, en gran parte nuestra gratitud depende de nuestra profesión de fe. Quizá os parezca que acabo de dar un salto lógico pero no lo es. “Tu fe te ha salvado”, le dice el Señor al leproso que vuelve a dar las gracias: uno sólo de los diez. Gracias a Dios y por la fuerza de nuestra fe todos nosotros venimos hoy a darle gracias, y por eso estamos aquí.

Ese “uno de los diez” tiene muchas lecciones que darnos, que además Jesús subraya. Aquel leproso era Samaritano, pues Jesús estaba pasando entre Galilea y Samaría. El leproso era rechazado en aquella sociedad, se consideraba un mal terrible. Recordad que tenían que ir tocando una campana por donde pasaban y si veían pasar gente a lo lejos debían gritar y decir “impuro”, “impuro”, para que se apartaran. Por eso Jesús, cuando se le presentan estos enfermos, les deja y no impide que se acerquen. Pero Jesús no hace el milagro allí de manera

automática, sino que les ofrece su palabra: “Id a los sacerdotes”. Aquella enfermedad necesitaba una purificación, no solo externa o médica, sino en relación con esa impureza interior, es decir, con esa conciencia que tenían de que los males físicos dependían de los morales. Sabían que necesitaban de la autorización de aquellos hombres religiosos para incorporarse a la vida social, a las oraciones con los demás. Era una necesidad de encontrar un cuerpo puro en un alma pura, purificada. “Id y purificaros”, y decid a los sacerdotes que estáis purificados. Y en el camino, estos pobres hombres deformes y andrajosos por dentro y por fuera se ven curados. Parece ser que entonces olvidan a Jesús. Sólo uno, el Samaritano, que no era judío, se da cuenta de la fuerza y del valor de lo que el Señor ha hecho con él se vuelve para darle gracias. Jesús, con un cierto aire de nostalgia y de tristeza, mostrando un leve reproche, le dice “¿y donde están los demás?”.

Todos nos vemos reflejados probablemente cuando diariamente recibimos tantos dones de Dios, gracias naturales y gracias sobrenaturales, y mostramos tanta ingratitud. Estamos muy atentos a las naturales, pues saltan a la vista, como es el caso de la salud, nuestros dones... De las interiores somos menos conscientes. No soportamos el mal, la desgracia, mucho menos en estos casos tan tremendos. Necesitamos acudir al Señor como sucedió en Cádiz en la peste, o como hoy, ¡cuántos se ven sumergidos en horribles enfermedades y buscan el apoyo del Señor!

Nosotros también hemos de mirar a nuestro interior, encontrarnos al Señor que nos dice: sí, yo te voy a ayudar a purificar, a quitarte “tu mal”, pero se cuidadoso con todos los males, mira tu corazón, no solo tus sentimientos de tristeza, pesar, preocupación, propios de los avatares de la vida, sino cómo vive tu corazón unido a Dios. Y curiosamente la gratitud, el reconocimiento de esos dones que hemos recibido de Dios de los que nosotros podríamos hacer una grandísima lista, debería hacernos volver a El: hemos mencionado la salud, pero cuantos regalos en diversos ámbitos del trabajo, la familia.... ¿Y qué pasa con la fe, donde está nuestra fe? En primer plano está la fe: es el don más grande que hemos recibido de Dios para vivir. Debemos dar gracias a Dios porque los hombres, como el leproso, al dar gracias a Dios, nos encontramos con nuestra propia humanidad.

El hombre de hoy es poco agradecido, porque está muy deshumanizado. No es un problema religioso. Es como un componente de una vida en la que nos hemos acostumbrado a vivir de una forma tan autosuficiente que no tenemos nada que agradecer a nadie. “¿Y que tengo yo que agradecer a mi padre?” contestaba un alumno cuando en el día del Padre el maestro propuso a los niños hacerles un regalo, hablándoles del agradecimiento debido a la familia. Pero este ejemplo no es un caso aislado. Es la expresión de una sociedad que cree que todo se le debe, que lo merece todo. Cómo no van a perturbarse las relaciones humanas, familiares, los matrimonios. Cómo va a haber fidelidad entre nosotros si no somos agradecidos. Cómo se van a dar entre testimonios de amistades heroicas, notables, comprometidas si no hay agradecimiento.

Dio la vuelta al mundo hace un par de años un reportaje que se hizo en Estados Unidos donde unos jóvenes que habían sido recogidos de la calle, todos con problemas familiares, y habían sido atendidos en un albergue de la Iglesia. Eran enormemente despegados y rebeldes, sobre todo ante Dios, pero decían que quería descubrir el sentido de la vida. Un orientador los llevó no de turismo, sino a una leprosería, (lo que viene a colación con la escena del Evangelio). Presenciaron situaciones horribles que les hacían pensar que aquellos leprosos estarían enfadados con Dios. Pero al intentar indagar en el sufrimiento para justificar su propia increencia se encontraron a unos auténticos defensores de la fe, con un sentimiento de estar en deuda con Dios, por sus dones, y que decían con claridad: “Dios es bueno, se lo debo todo”. Una gran decepción para estos jóvenes, que después se fueron a Perú, con niños mutilados por

la guerra que bendecían y respetaban a Dios, sucediéndoles la misma experiencia. Luego fueron a convivir con los sin techo de Nueva York. Muchos de ellos alcoholizados, viviendo entre cartones, en la calle. Pero cuando se les expresaba que Dios era el culpable de su situación se rebelaban. Entonces estos jóvenes, descubrieron en realidad que no habían asumido su propia vida, sus sufrimientos, el desamor de su familia. No sabían agradecer. Estaban enfrentados con sus familias, con sus padres. Solamente cuando reconocen su miseria, de una forma conmovedora, uno de estos chicos va a pedir perdón a su padre que le había abandonado y al que había guardado rencor toda su vida. Cuando abre su corazón a la gratitud, cuando es capaz de reconocer, de sanar sus heridas a través de salir de su cerrazón a través del agradecimiento el hombre se abre a la misericordia y al amor. Después de esto se abrió al amor de Dios. Es un ejemplo precioso que nos recuerda lo que Jesús nos enseña hoy en el evangelio. Debemos mirar a nuestro interior y aprender a agradecer al Señor, y a través de la fe y el agradecimiento a Dios entrar en una relación, que es mucho más que decir simplemente: “muchas gracias por todo, estoy muy bien”.

San Pablo entendió muy bien este agradecimiento cuando escribe a su amigo Timoteo: “Acuérdate de Jesucristo Resucitado de entre los muertos”, que ha dado la vida por nosotros. ¡Acuérdate como yo me acuerdo, con esa experiencia viva, con ese amor coherente que entra en una relación con Él! Porque si con Él morimos, viviremos con Él, si con Él sufrimos, reinamos y gozamos con Él. San Pablo no hablaba de teorías, tendencia en la que a veces caemos los cristianos: ya existía el docetismo como herejía que pensaba que en Jesús no estaba propiamente Dios, es decir, negaba el hecho de que Dios se hubiera hecho carne. ¡No! Dios se ha hecho hombre para vivir nuestra suerte y para entrar en esa amistad y relación que conoce muy bien San Pablo porque le ama como su mejor amigo, como su Señor, pero un Señor por el que dar la vida, porque lo ha recibido todo de Él.

Este es el sentido de la gratitud cristiana. Por eso comenzábamos haciendo referencia a la Eucaristía que estamos celebrando. La Eucaristía es una acción de gracias, pero cada uno de nosotros, en la totalidad de nuestro corazón, ha de ofrecerse con el pan y el vino sobre el altar. Es una acción de gracias que nos compromete radicalmente, porque, por lo que hemos recibido de Dios nos entregamos. “Por Cristo, con Él y en Él”, como decimos en el embolismo final de la anáfora, para que nuestra vida sea una ofrenda, un servicio, una entrega hasta dar la vida, pues el distintivo del cristiano es dar la vida.

Hermanos: cuando contemplamos a Jesús Nazareno con su Cruz, lo contemplamos en su Majestad, pero lo contemplamos dando la lección a los hombres de lo que es el verdadero servicio y de lo que es una vida que sirve y alaba a Dios, que vive para Dios. ¿Qué podemos decir hoy al Señor? Ciertamente podemos darle las gracias, celebrar que seguimos queriéndole, pedirle que nos siga ayudando, pero deberíamos abrir de par en par nuestro corazón para decirle: yo quiero ser agradecido por todos tus dones en la historia, en mi vida antes, ahora y en lo que me darás; pero ese agradecimiento debe demostrarse en vivir contigo, en sufrir contigo, en amar contigo, en buscar a los que tú buscas, en consolar a los que tú consuelas, realizando así una cadena de amor dirigida a todos, especialmente a los más pobres y necesitados, que pueden ser los de nuestro entorno, y estar entre los más cercanos de nuestra familia, entre compañeros, amigos, aquellos en los que no me es fácil ver sus necesidades.

Y con ese agradecimiento, os invito a compartir el corazón con Él, lo que implica amarle, orar, escuchar su Palabra, hacerla vida y conllevar su misión de entrega y de servicio a los demás. Y ¡como no!, decimos que el amor siempre tiene que crecer. Ese amor creciente nos debe llevar a buscar la perfección cristiana, que es la santidad, para que nuestro sentido agradecido, coherente y vivo, llegue a todos los hombres, a nuestra ciudad, a nuestras familias, a los más

necesitados. Ciertamente el Señor mira nuestro agradecimiento, y nos vuelve a decir, como al leproso: “tu fe te ha salvado”, vete en paz, entra en el gozo de mi amistad, vive así y compartirás mi soberanía eterna en el cielo. Amén.